

cosa; pero si así lo hicieras, siento decirte que ya no creería en tu amistad, la que consideraría solo como una afeccion puramente humana, que no reconocería á Dios y su santo amor por lazo y por principio.

Te escribo de prisa, y termino abrazándote; sobre todo, entra en razon si quieres que te complazca dándote noticia de mí las más veces que pueda. Pero como me sería difícil darte gusto á tí y á mi familia, he arreglado que les escribiré alternativamente y que vdes. se comunicarán entre si mis cartas. Le mandé á mi mamá una série de precauciones que se deben tomar, segun dicen los médicos, para preservarse de la epidemia; pídeselas para leerlas, y por el cariño que me tienes, te pido que las uses.

Adios, no olvides que, suceda lo que sucediere, en lo que debemos trabajar siempre es en reunirnos algun dia en el seno de Dios.—
Tu amiga

SOR TERESA.

Nota del Editor.—Creemos de nuestro deber prevenir á nuestros lectores, que aquí hemos suprimido varias cartas que no eran, segun decia Sor Teresa, sino simples boletines de su salud.

CARTA XXV.

Paris, Hospital de San Luis.

Comenzamos á respirar un poco, querida Carolina; el azote disminuye diariamente en intensidad y el número de muertos es mucho menor. Quiera Dios que así siga, y ojalá que este terrible castigo de su justicia haga reflorcer en nuestra patria la religion ¡ay! tan despreciada en nuestros dias. Y sin embargo, ¿quién otra más que ella se ha mostrado en este tiempo de prueba, tan pródiga de beneficios, aun para con los ingratos que rehusan confesar que es ella, como su Divino Autor, toda santidad y toda amor?

¡Ah! sin esta sublime religion, fuente de tantos heróicos sacrificios, ¿qué hubiera sucedido con este pobre pueblo, á quien se le habia hecho creer que su arzobispo y sus sacerdotes

no deseaban sino su ruina? Hoy, que ha visto sus hechos, ya puede juzgar por sí mismo y responder con sinceridad quién es el que suavizó sus sufrimientos, el que cuidó á la viuda, el que recogió á los huérfanos, el que les abrió á éstos un asilo en la tierra, despues de haber abierto las puertas del cielo á sus padres? ¿No fué acaso ese clero tan calumniado por la impiedad, tan lleno de insultos por los incrédulos?

¡Ah! si queremos hacer justicia, reconozcamos, en fin, que solo á la religion le es dado inspirar actos de abnegacion semejantes á los que han pasado á nuestros mismos ojos, y que harán la admiracion de los siglos futuros, si son conservados por la historia.

No puedo referirtelos todos; me limitaré únicamente á algunos que bien merecen tener lugar en tu coleccion de hechos edificantes, esperando que en contestacion me contarás tú otros recogidos por tí, que me enviarás en la primera oportunidad.

Antes de la invasion del cólera, tomó la autoridad medidas muy prudentes, é hizo preparar en diversos puntos de la capital hospitales provisionales; pero desde los primeros dias de la enfermedad se notó que eran insuficientes;

y todos los extensos establecimientos improvisados de enfermerias, no podian recibir á tantos desgraciados que solicitaban en ellos un lugar para morir allí, pues aunque la muerte heria sin misericordia á innumerables víctimas que cedian su lugar á otras, que lo desocupaban con igual rapidez, faltaba sin embargo local. El corazon de nuestro santo arzobispo se conmovió y ofreció liberalmente los Seminarios de San Sulpicio y del Espiritu Santo y varias religiosas, que fueron trasformadas en hospitales. Su mismo castillo de Conflans, que la revolucion de 1831 no destruyó por completo, recibió el mismo destino. Los enfermos vieron que se les prodigaban allí los cuidados más tiernos, y deben haber sentido mucho que una rabia insensata haya privado á su primer pastor de su antiguo palacio arzobispal, donde seguramente habrian hallado iguales socorros y los mismos consuelos.

Pero no contento con manifestar una caridad ardiente por su rebaño, Su Illma. quiso ser el émulo de los Carlos Borromeos, de los Belzunce y de tantos otros ilustres prelados, y se le vió exponerse al contagio llevando por sí mismo palabras de consuelo y de salvacion á los que

estaban tocados de la peste. Convirtió á un gran número de ellos, y me han citado un rasgo de su celo, que es digno de conservarse sobre todos.

Pasó, segun creo, en el gran hospital llamado el Hotel-Dieu; con todo, no estoy segura; pero por fortuna, importa poco el lugar; lo esencial es que el hecho sea auténtico, y esto sí te lo puedo afirmar porque lo sé por un testigo ocular, que le hizo tal impresion, que entró dentro de sí mismo y se convirtió de buena fé; tan cierto es que los actos de virtud producen siempre ellos solos frutos de gracia y de misericordia.

Su Illma. visitaba, pues, el hospital; habia recorrido ya varias salas y hecho oír por todas partes palabras de vida y de esperanza allí donde no se respiraba más que el espantoso ambiente de la muerte, é iba ya á retirarse cuando una de las religiosas de la casa llegó á suplicarle que se dignase hacer un último esfuerzo con un infeliz moribundo, que insensible á toda clase de exhortaciones, rehusaba reconciliarse con Dios.

Conmovido con el pensamiento de que una de las almas confiadas á su paternal solicitud iba,

á perderse eternamente, se dirigió al moribundo ya en las angustias de una dolorosa agonía.

“Amigo,” le dijo una de las personas que le rodeaban, “aquí tiene vd. al Sr. Arzobispo que “viene á verlo y consolarlo.”

—¿Qué? El Arzobispo? repitió ese desgraciado con una voz apagada, haciendo inútiles esfuerzos para volverse del otro lado, ¡oh! que me haga favor de retirarse.

—¿Qué! hijo mio, replicó el prelado, ¡que no quiere vd. que yo, que soy su padre, lo bendiga por última vez?

—¿Bendécirme? ¡Señor! ¡oh! no! no lo merezco..... por compasion, tenga vd. la bondad de retirarse! Si!..... retírese vd.!..... Debo causarle horror, yo fui uno de los que robaron y destruyeron el arzobispado!.....

—Esa es una nueva razon para que yo me interese más en la salvacion de su alma.

—¡Imposible! yo fui ¡ay de mí! uno de los más furiosos, yo excitaba á mis compañeros á que nada perdonasen..... yo.....

—Pues bien, hijo mio, interrumpió el Illmo. Sr. de Quelen, en su mano está darme hoy una reparacion completa de todos los males que me causó; lo puede vd. hacer muy fácilmente y de

una manera que me colmará de alegría y me hará olvidar todo cuanto ha pasado.

—Pero ¿qué es lo que puedo hacer en el estado en que me hallo?

—Puede vd. salvar su alma.

—No, no, Dios no puede perdonarme, ni vd. tampoco.

—¿Qué dice vd., hijo mio? Se olvida de que Nuestro Señor perdonó á sus mismos verdugos, y que yo debo imitarlo?

El enfermo movió la cabeza y no contestó nada. Despues de algunos instantes de silencio, en que Su Illma. parecia meditar los medios de vencer la resistencia de aquel hombre cuya vida se extinguia por momentos, le dijo con una voz muy conmovida:

—Amigo mio, si yo le diera á vd. una prueba del perdon que le concedo con todo mi corazon, ¿esperaria vd. poder alcanzar tambien el de Dios?

—Sin duda, que sí lo esperaria.

—¿Tiene vd. hijos?

—¡Ay! sí, tres, que van á quedar huérfanos.

—Y los amará vd. mucho, ¿no es verdad?

—¡Ah! como que sí! El pensamiento de que

mi muerte los va á dejar sin pan, sin asilo, sin apoyo, es el más cruel de mis tormentos.

—Pues bien, tranquilíce vd. sobre su suerte, yo me encargo de ellos. Desde esta misma noche estarán al abrigo de toda miseria.

—¡Imposible!.....

—Yo me obligo aqui á eso delante de Dios y de las personas que están aqui presentes.

—¡Ay! Señor! exclamó aquel desgraciado, cuyo rostro lívido tomó cierta expresion de alegría; no me podia dar Su Illma. una prueba más grande de perdon: no queda más sino el que yo le dé á mi vez la de mi gratitud y arrepentimiento.

—Eso lo puede vd. hacer inmediatamente, hijo mio; confiese vd. todas sus faltas, forme de ellas un verdadero dolor, y arrójese en seguida con una confianza filial en los brazos de la misericordia divina.

—Estoy pronto, Señor; pero no quiero hacer esa sincera confesion sino con el padre adoptivo de mis hijos; sí, con Su Illma....

El Sr. Arzobispo no respondió nada, sino que hizo seña á las personas que le rodeaban que se retiraran, é inclinándose hácia el enfermo, recibió su confesion acompañada de un torrente de lágrimas.

Pocas horas despues, ese pecador arrepentido se presentaba á su juez, reconciliado con él por la caridad del piadoso prelado á quien habia perseguido.

No se ha entibiado despues el celo del Illmo. Sr. de Quélen, sigue visitando los hospitales, y ya he tenido la dicha de besarle el pastoral varias veces, cuando ha venido á mi sala. Su presencia y sus discursos no han contribuido poco, te lo aseguro, para sostener mi valor, pues se necesita ánimo, y mucho, para no desfallecer á vista de escenas tan desgarradoras como las que presenciamos todos los dias; sobre todo, es más indispensable para disponer á una buena muerte á padres y madres de familia, y á jóvenes de ambos sexos, que heridos súbitamente, tienen mucho trabajo en resignarse á hacer á Dios el sacrificio de una vida que todavía la víspera se sonreía llena de porvenir, de esperanza y de dicha.

Familias enteras han sucumbido, y no son las más dignas de lástima: los pobrecitos niños privados de sus padres y madres, me compadecen más y me parecen muy desgraciados; así lo ha comprendido tambien nuestro Arzobispo, dues auxiliado de algunas señoras piadosas,

acaba de fundar una obra en favor de esas infelices criaturas. Tiene por objeto recoger y educar á todos aquellos niños que han quedado absolutamente huérfanos; permanecerán en el asilo que les abre su primer pastor, hasta que estén en edad de bastarse á sí mismos, viviendo honradamente con su trabajo, para lo que se les harán aprender profesiones ú oficios lucrativos.

Esta obra tan bella se llamará: “La obra de los huérfanos de San Vicente de Paul, á consecuencia del cólera Morbus.”

Nuestra congregacion se ha hecho cargo de ella; será solo temporal, es decir, hasta que llene su objeto, y se halla establecida en Conflans, que como he dicho, es propiedad de Su Illma.

Espero ir á visitarla algun dia, porque siempre he creido que la epidemia no me ha de atacar á mí, aunque ya han perecido de ella varias de mis hermanas; pero ellas valian mucho más que yo, estaban maduras para el cielo, miéntras que yo no soy más que una indigna hija de San Vicente de Paul, que se repite, como siempre, tu amiga

SOR TERESA.